





*Tarraco,*  
“obra de los Escipiones”  
y algo más

**Joaquín Ruiz de Arbulo**

*Universidad Rovira i Virgili /  
Institut Català d'Arqueologia Clàssica*

"Vista pintoresca del sepulcro de los Escipiones y de la ciudad de Tarragona".  
François Jacques Dequevauviller, 1806. Biblioteca Nacional de España.

*Regio Cessetania, flumen Subi, colonia Tarrácon, Scipionum opus sicut Carthago [Nova] poenorum... "La región de Cessetania, el río Subi, la colonia Tarrácon, obra de los Escipiones como Carthago [Nova] lo fue de los púnicos..."*

Plinio el Viejo (NH, 3, 21)

A partir del libro III de su inmensa *Naturalis Historia*, Plinio el Viejo emprendió nada más y nada menos que la descripción pormenorizada de toda la tierra conocida y de sus partes, los continentes de Europa, Asia y África. Y esa descripción del mundo comenzaba por la Península Ibérica. En realidad, Plinio nos transmite una interminable serie de nombres geográficos, etnias y ciudades clasificadas por categorías, acompañadas puntualmente de breves comentarios. Unos elencos que procedían, según reconoce el mismo Plinio (NH 3, 16-17), de la consulta del *Orbis Pictus* realizado bajo la dirección de Agripa y que fue culminado por Augusto (RG, 8; Nicolet, 1988). En el marco de esta descripción provincial de la Hispania citerior, Plinio se refiere a la que en su tiempo era una prestigiosa colonia romana por todos conocida, pero curiosamente transcribe su nombre en griego, *Tarrácon*, aunque afirma que había sido obra de los Escipiones, *Scipionum opus*. Por su importancia aparece contrapuesta a (Nueva) Cartago, la orgullosa fundación púnica de Asdrúbal Barca.

Esta contraposición entre *Tarraco* y *Carthago Nova* que propone Plinio aparece igualmente en la obra del geógrafo Estrabón, contemporánea a la realización del *Orbis Pictus*:

*Entre las bocas del Ebro y el extremo del Pirineo, en que están los trofeos de Pompeyo, la primera ciudad es Tarrákon. No tiene puerto,*

*pero está levantada sobre un golfo estando bien provista de lo demás y teniendo hoy no menos habitantes que Karchedon [Nea]. Porque está bien situada para residencia de los gobernadores y es la metrópoli no solo para las tierras sitas al norte del Ebro sino también para las de una gran parte de las del otro lado. Las islas Gimnesias y Ebysos, islas famosas, están cerca, lo cual explica la importancia de la ciudad. Dice Eratóstenes que también tiene una rada, pero Artemidoro le contradice negando que tenga un lugar propicio para echar el ancla.*

Estrabón (3, 4, 6-7)

Si Estrabón sabía que Eratóstenes había descrito las cualidades del fondeadero tarraconense, tal cosa quiere decir que el lugar era ya conocido en la Biblioteca de Alejandría en pleno siglo III a.C., antes de la llegada de los Escipiones a Hispania. Y, por tanto, *Tarrákon* no había podido ser una fundación romana. Eratóstenes de Cirene (ca. 280-195 a.C.) fue como sabemos un famosísimo geógrafo y astrónomo helenístico, tercer responsable de la Biblioteca de Alejandría, autor de un catálogo de estrellas, definidor de los paralelos y meridianos terrestres y primer medidor de la circunferencia del globo terráqueo (Berger, 1884; Dragoni, 1979). Su magna *Geografía* (*Geographica*) fue una descripción de toda la *oikouménē*, o mundo conocido, según la revisión detenida de toda la documentación disponible en su época y eliminando de la misma los relatos míticos y poéticos.

Según Marciano de Heraclea (*GGM* I, 564), Eratóstenes tomó su descripción de las costas del Mediterráneo del tratado *Sobre los puertos de Timóstenes de Rodas*, uno de los almirantes del monarca Ptolomeo Filadelfo (308–246 a.C.). Se trataba de un periplo de tipo militar y estratégico, con indicaciones precisas para la navegación mediterránea, que fue escrito en torno al año 270 a.C. Y ya en esa fecha Timóstenes señalaba la presencia en un lugar de Iberia denominado *Tarrákon* de un *naustrásmos*, literalmente un lugar donde las naves podían detenerse temporalmente. Un término ambiguo, traducible como una rada o una ensenada, pero también como un fondeadero importante. Estrabón utiliza el mismo término para referirse en la Galia al puerto militar de *Forum Iulii*, la actual Fréjus.

Por su parte, Artemidoro de Éfeso fue un político y viajero, embajador de su ciudad en Roma, que recorrió todo el litoral del Mediterráneo hispánico, además de las costas de África, Egipto y Etiopía, escribiendo a continuación en Alejandría, en torno al año 100 a.C., una *Geografía* (*Geographoúmena*) en once libros (Stiehle, 1856; *GGM* I; Hagenow, 1934). Artemidoro, por su conocimiento directo de las costas hispanas, corrigió a menudo en su obra las descripciones y medidas proporcionadas dos siglos atrás por Eratóstenes desde su lejana biblioteca alejandrina. ¿Fue entonces *Tarraco* un lugar *alímenos*, sin puerto, como propuso Artemidoro? Pues tampoco necesariamente. En torno al año 100 a.C., cuando el efesio realizó su viaje por las costas de Hispania, el puerto de *Tarraco* existía y era con total seguridad ampliamente utilizado. Y es que quizás nuestro viajero escribía como un geógrafo erudito de rico y preciso vocabulario náutico. De ser así, distinguiría un lugar que no reunía las auténticas condiciones de seguridad y comodidad de acceso propias de un puerto calificable como tal: *hormos* o *limen*. Es decir, una bahía cerrada por el relieve, protegida así de los vientos, con entrada segura y aguas calmadas. Ciertamente, no. A diferencia por ejemplo de la espectacular bahía cartagenera, *Tarraco* jamás tuvo un puerto semejante (Ruiz de Arbulo, 2003).

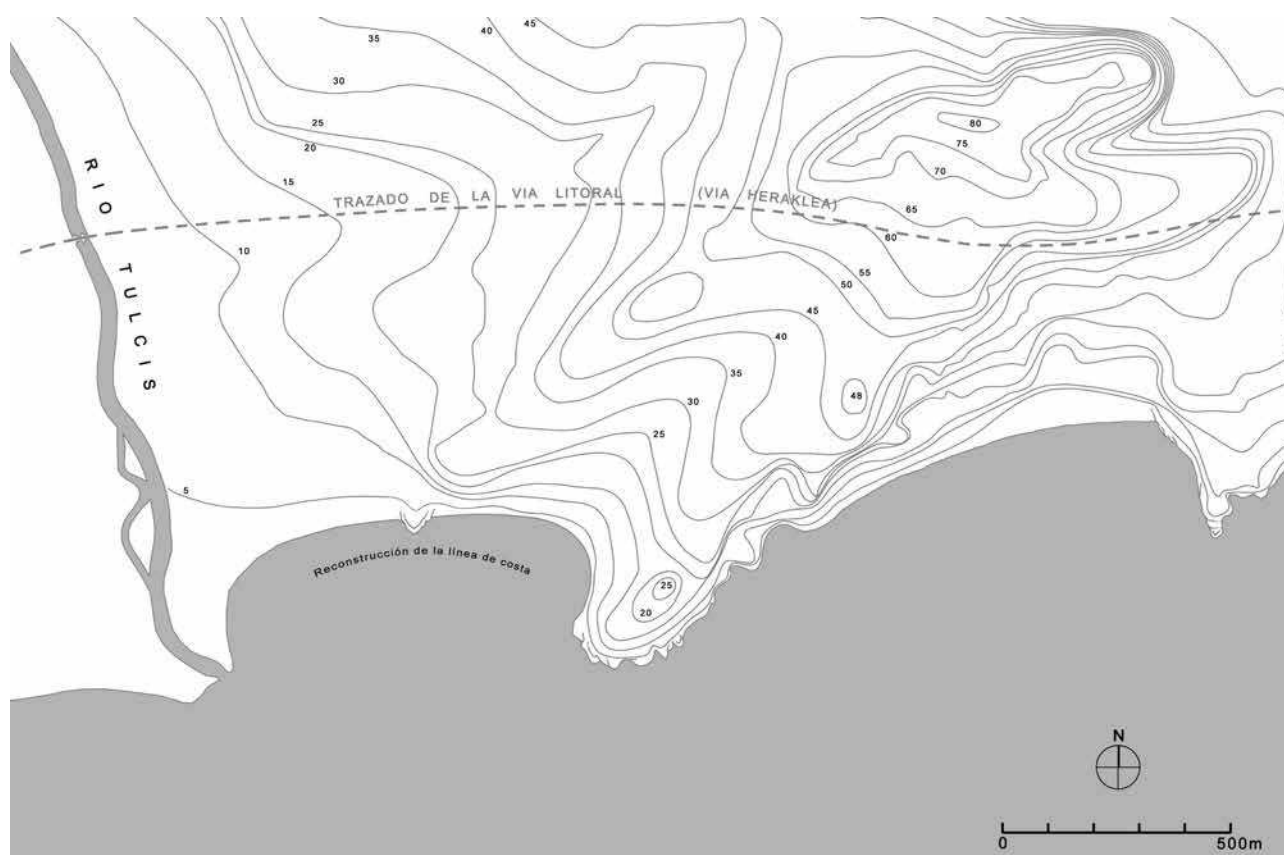
Para entender mejor esta polémica erudita entre geógrafos griegos necesitamos conocer el contexto histórico. Contamos para ello con dos extensas referencias de Polibio (3, 76) y Livio (21, 60-61) relativas a los inicios de la Segunda Guerra Púnica en suelo hispano (Otiña y Ruiz de Arbulo, 2000). Ambas descripciones nos deben

permitir entender mejor el sentido de esa famosa expresión pliniana, *Tarraco...* “*Scipionum opus*”.

### **La batalla de Kese y la aparición de *Tarraco* en los textos históricos**

Situemos los acontecimientos. En el verano del año 218 a.C., Aníbal, conquistador de Sagunto y con ello culpable de desencadenar una segunda guerra entre Cartago y Roma, había dividido sus tropas en Hispania. Dejando en ella como guarnición un cuerpo de once mil hombres al cuidado de la *impedimenta* más pesada, y de los rehenes, se puso al frente de una fuerza heterogénea con infantes cartagineses, africanos, iberos y celtíberos de diferentes naciones y etnias, numerosa caballería libiofenicia, nómada y mora y tres docenas de elefantes. Estas tropas dejaron atrás el río Ebro, burlando la vigilancia de Roma y de sus aliados massalotas y emporitanos, cuyos barcos patrullaban las costas. A continuación, cruzaron los Pirineos, el Ródano y los pasos alpinos del pequeño S. Bernardo para alcanzar por sorpresa el valle del Po con las primeras nieves del otoño, en una expedición única convertida en modelo de estrategia y disciplina militar. Se trataba de un ejército pequeño, pero muy experimentado, que pudo avanzar velozmente abriéndose paso combatiendo por territorios desconocidos, confiando tan sólo en la fidelidad de sus guías. Las tribus galas de la llanura padana recibieron a Aníbal como un aliado libertador.

Sorprendido por la velocidad de la maniobra, el cónsul Publio Cornelio Escipión, acantonado en *Masalia*, dividió rápidamente su ejército en dos cuerpos: uno se dirigiría al Po y el otro, al mando de su hermano Cneo, fue enviado a Hispania para cortar a Aníbal sus bases de suministro. Los hechos de aquel otoño/invierno del año 218 a.C. nos han sido transmitidos en lo esencial por el historiador griego Polibio a mediados del siglo II a.C. y también por Tito Livio, que en época de Augusto redactaría su magna obra sobre la historia de Roma desde su fundación. Ambos utilizaron como referentes a otros autores que lógicamente no pudieron ser ajenos a la épica vencedora de la historiografía romana tardo-republicana. Según esta tradición, mientras Aníbal cruzaba los Alpes y penetraba en Italia, de victoria en victoria, la situación era diferente para las tropas romanas desembarcadas en tierras hispanas. Así la presentó Polibio:



Topografía de la zona del asentamiento de Tarrákon. En Mar, Ruíz de Arbulo, Vivó y Beltrán-Caballero, 2012, fig.3.

(1) Por este mismo tiempo, Cneo Cornelio (Escipión), a quien su hermano Publio había dejado al frente de la escuadra, como más arriba he dicho, haciéndose a la mar desde las bocas del Ródano con todas las naves, fondeó en Iberia ante la ciudad llamada Emporion y comenzando por aquí realizó una serie de desembarcos, reduciendo por sitio a los habitantes de la costa hasta el río Ebro que rehusaban obedecerle; en cambio a los que le acogían los trataba con humanidad y tomaba todas las precauciones posibles para su seguridad. (2) Después de fortificar las plazas del litoral que se le habían sometido, avanzó con todo su ejército en dirección al interior, pues su ejército había reunido ya gran número de aliados iberos. A su paso, atraía a su causa algunas ciudades y a otras las sometía, (3) y cuando los cartagineses que Aníbal había dejado en aquellos parajes bajo el mando de Hannón, acampan en una ciudad llamada Kissa; Cneo, los atacó en formación y, habiéndolos vencido, se apoderó de grandes riquezas, ya que el ejército que había pasado a Italia había dejado allí todos sus bagajes; además se ganó la amistad y alianza

de todas las tribus al norte del Ebro, e hizo prisionero al general cartaginés Hannón y al ibero Andóbales; este resultaba ser un príncipe del interior, que se distinguía por su adhesión a los cartagineses. (4) Tan pronto como se enteró Asdrúbal de lo ocurrido, acudió en socorro de sus aliados y atravesó el Ebro. Y sabiendo que las tropas navales romanas que habían sido dejadas en la costa vivían confiadas y descuidadas por las victorias de las tropas terrestres, tomó de su ejército ocho mil infantes y mil jinetes, y cayendo sobre aquellas tropas dispersas por la campiña, mató a muchos y a los demás los obligó a huir y refugiarse en las naves. (5) Después de esto, se retiró, volvió a pasar el Ebro, y se entregó a la preparación y defensa de las plazas al sur del río, mientras internaba en Carthago Nova. Cneo, vuelto a la escuadra, castigó según la costumbre a los culpables, reuniendo a las tropas terrestres y navales, estableció los cuarteles de invierno en Tarrákon; y repartiendo por igual entre sus soldados el botín, les inspiró un vivo afecto y un gran entusiasmo para el futuro.

Polibio (3, 76)

Por su parte, Livio, con su estilo prolijo y detallado, introdujo nuevos matices en la narración que coincide en líneas generales con lo descrito por Polibio:

(XXI, 60) “Mientras estas cosas ocurrían en Italia, Gn. Cornelio Escipión, enviado a Hispania con una escuadra y un ejército, zarpó de las bocas del Ródano y doblando los Pirineos abordó Emporion. Desembarcó allí el ejército y empezando por los lacetanos, sometió a Roma toda la costa hasta el Ebro, unas veces renovando alianzas otras estableciéndolas. La fama de su clemencia y de su justicia se extendió no solo entre los pueblos marítimos, sino también por los del interior y llegó hasta los de las montañas, gentes más indómitas; concluyó con éstos no solo la paz, sino también alianzas armadas, y reclutó de entre ellos algunas fuertes cohortes auxiliares. El mandato de Hannón era sobre estas tierras de este lado del Ebro; aquí lo había dejado Aníbal como custodia de esta región. Así pues, antes de que Escipión le quitase toda la comarca comprendió que era necesario salirle a su encuentro y puesto a vista del enemigo el campamento le presentó batalla. No pareció a Escipión que hubiese de diferirse el combate, ya que habiendo de combatir con Hannón y Asdrúbal, prefería hacerlo por separado, a luchar contra los dos juntos. No fue muy empeñado el encuentro: seis mil enemigos fueron muertos, dos mil hechos prisioneros, con la guardia del campamento, pues el campamento se tomó y en él el general y algunos príncipes, también Císis, plaza cercana al campamento fue tomada. Pero el botín de la ciudad fue de cosas de poco precio, utensilios bárbaros y de viles esclavos (et Císis propinquum castris oppidum expugnatur. Ceterum praeda oppidi parui pretii rerum fuit, supellex barbarica acuilium mancipiorum); el saqueo del campamento, en cambio, enriqueció a los soldados con los despojos no sólo de los vencidos, sino también de los que con Aníbal habían pasado a Italia y habían dejado todos sus efectos de valor en esta banda de los Pirineos para no entorpecer la marcha con bagajes pesados.

(XXI, 61) Antes de que se supiese la noticia de este desastre, Asdrúbal atravesó el Ebro con ocho mil infantes y mil caballos con el propósito de salir al encuentro de los romanos a su llegada, pero cuando supo la derrota de Císis y la pérdida del campamento torció su camino hacia el mar. No lejos de Tarraco mandó aquí y allá grupos de jinetes que mataron gran número de soldados y todavía más pusieron en fuga; los romanos fueron empujados hacia las naves donde prestaban servicio junto a los aliados de la marina, que vagaban dispersos por los campos, como suele ocurrir cuando los sucesos favorables inducen a la negligencia. Asdrúbal no se atrevió a quedarse más tiempo en este lugar temiendo ser atacado por Escipión y se retiró más allá del

Ebro. Escipión, llegando a toda prisa, castigó algunos prefectos de las naves y dejando una módica guarnición en Tarraco regresó con la escuadra a Emporion. Partido apenas, se presentó Asdrúbal, y sublevando el pueblo de los ilergetes, que había dado rehenes a Escipión, con la juventud de éstos se pone a devastar los campos de los aliados fieles a los romanos. Sale Escipión de su campamento de invierno y se retira de nuevo Asdrúbal, abandonando todo el país de este lado del Ebro. Escipión se lanza con todo su ejército contra los ilergetes, abandonados por el autor de su sedición y sitia la ciudad de Atanagro, capital de aquella gente; recibe en pocos días su rendición y les exige más rehenes que antes, y una contribución en dinero. De aquí marcha contra los ausetanos, vecinos del Ebro, aliados estos también de los cartagineses, y sitia su ciudad... Finalmente, como Amusico su príncipe hubiese huido al lado de Asdrúbal, se entregaron mediante el pago de veinte talentos. Los romanos regresaron a invernar a Tarraco”.

Livio (XXI, 60-61)

Al narrar estos hechos bélicos del año 218 a. C. ambos autores describieron claramente dos lugares distintos. En primer lugar el *oppidum parvum* (pequeño poblado, ciudadela) de Kissa/Císis, una población del interior donde tuvo lugar la batalla, cuya humildad destaca Livio frente a las riquezas conseguidas en el saqueo del vecino campamento púnico. En segundo lugar, se menciona un punto costero denominado en griego *Tarrákon* y en latín *Tarraco* que contemplaría el desembarco de la flota, el contraataque púnico y la desbandada de la marinería romana. El ejército romano, que descendía desde *Emporion* por mar y tierra combatiendo a lo largo de la costa, habría llegado a *Tarraco*, donde quedaría detenida la flota que le servía de transporte e intendencia. Desde allí, las legiones en formación se habrían dirigido contra el campamento púnico situado junto a un *oppidum* de las comarcas del interior. Tras el ataque y posterior retirada de Asdrúbal, Cneo Escipión concentraría en este puerto sus tropas de tierra y mar, estableciendo una primera base de invernada común.

En el año siguiente, 217 a. C., Polibio y Livio coinciden de nuevo en señalar como hechos bélicos más destacables la batalla naval de las bocas del Ebro en la que Escipión, con la ayuda de los massaliotas, derrotaría a la flota púnica de Asdrúbal partida de *Carthago Nova*. Seguirían el sometimiento de la estratégica ciudad púnica de *Ebusus* (Ibiza) en las Baleares y luego el regreso de la flota

a la costa hispana, hemos de suponer que a *Tarraco*, donde según Livio:

*se reunieron legados de todos los pueblos que habitaban las riberas del Ebro y hasta de las regiones más extremas; más de ciento veinte fueron los pueblos que se sometieron al imperio de los romanos entregando rehenes.*

Livio (22, 20)

*La situación en Roma en el segundo año de la guerra era de reorganización. Se nombraron dos nuevos cónsules, se reclutaron nuevas legiones para la defensa de la capital y Publio Cornelio Escipión recibió por segundo año un mandato proconsular en Hispania al mando de dos legiones. Narra entonces Livio:*

*Esta era la situación en Hispania cuando P. Escipión, siguiendo órdenes del Senado, que le había prorrogado el imperio consular, llegó a su provincia con treinta naves de guerra, ocho mil soldados y gran cantidad de provisiones. Esta flota, imponente por el número de naves de carga, vista desde lejos con gran alegría por los ciudadanos y los aliados, abordó desde altamar el puerto de Tarraco (portus Tarracónis). Aquí, desembarcados los soldados, marchó Publio Escipión a unirse con su hermano, y desde aquel momento llevaron la guerra de común acuerdo.*

Livio (22, 22)

La unión de los ejércitos de Cneo y Publio Cornelio Escipión en el año 217 a.C. permitiría a ambos hermanos emprender las primeras operaciones militares más allá del río Ebro, alcanzando rápidos éxitos militares como la liberación en un golpe de mano de los rehenes ibéricos custodiados por los cartagineses en Sagunto. Pero probablemente se trataba únicamente de noticias magnificadas por la tradición historiográfica. En el año 215 a.C. los Escipiones recibieron órdenes de oponerse a Asdrúbal impidiendo que reforzara a Aníbal en Italia. Publio y Cneo comunicaron entonces al Senado que no tenían dinero para las pagas, ni trigo para el ejército y que la tripulación de las naves estaba falta de todo (Livio 23, 48, 4).

Es casi seguro que en el relato de Polibio, al fin y al cabo cliente de la familia de los Escipiones y amigo personal de Escipión Emiliano, las repetidas victorias terrestres y navales de Cneo y Publio Escipión durante los años 218 y 217 a.C. en *Kissa*, el Ebro y las Baleares

fueron, como mínimo, magnificadas. Livio se dejó llevar igualmente por el bello contraste narrativo que significaban estas primeras victorias romanas en Hispania frente al paulatino avance de Aníbal en tierras itálicas. En este sentido, resulta muy indicativo comparar una importante gesta como la batalla de *Kese* y el botín conseguido en ella por Cneo Escipión en el 218 a.C. con la escueta mención que para los mismos hechos escribiera mucho más tarde, ya en los inicios del siglo II d.C., el gran historiador alejandrino Apiano:

*(Los romanos) a Publio Cornelio Escipión lo enviaron a Iberia al frente de sesenta naves con diez mil infantes y setecientos jinetes y, como legado suyo, enviaron con él a su hermano Cneo Cornelio Escipión. Publio al enterarse por mercaderes massaliotas de que Aníbal había cruzado los Alpes en dirección a Italia...partió con las quinquerremes en dirección a Etruria después de entregar a su hermano Cneo el ejército de Iberia... Cneo, por su parte, no llevó a cabo nada digno de mención en Iberia antes de que regresara a su lado su hermano Publio.*

Apiano (*Ib.*, 14-15)

Ni batalla en el 218 a.C., ni botín magnífico alguno; tan solo la consolidación de una simple cabeza de puente. Pero cuatro años más tarde la guerra continuaba en Levante y Andalucía, campaña tras campaña. Sagunto fue reconquistada por los Escipiones y devuelta a sus habitantes, los nómadas africanos fueron incitados a la sublevación contra Cartago y grupos de celtíberos, los primeros soldados mercenarios que Roma admitió en su ejército, fueron enviados a Italia para influir sobre sus compatriotas que combatían al lado de Aníbal. En el año 211 a.C. la situación dio un brusco giro. Las fuerzas divididas de Cneo y Publio fueron vencidas por separado en *Castulo* e *Ilorci* traicionadas por sus aliados celtíberos, según el relato de Livio (25, 33), y ambos generales murieron en combate. De forma providencial, el joven tribuno Lucio Marcio tomó entonces el mando según el voto de los soldados y logró reagrupar los restos de ambos ejércitos manteniendo la línea del Ebro. Las prospecciones arqueológicas intensivas dirigidas por el profesor Jaime Noguera (2008) han permitido documentar trazas de un campamento romano establecido junto a la paleoembocadura del río Ebro, en la actual área de la Palma (l'Aldea, Tarragona) sobre la margen izquierda del río. Su

ocupación a fines del siglo III a.C. ha quedado confirmada por precisos hallazgos monetales. Este campamento romano en la desembocadura del Ebro se convertiría en una importante base de operaciones en los años sucesivos.

Roma, en el cénit de su esfuerzo bélico, desplegaría hasta veinticinco legiones en los distintos frentes de guerra mientras Aníbal, fracasado en su intento de tomar *Cumas* y *Neapolis*, se desplazaba con su ejército hacia la Magna Grecia. Los ejércitos romanos de Claudio Marcelo y Claudio Nerón, que durante dos años seguidos habían sitiado las ciudades de Siracusa y Capua, conseguían finalmente de forma simultánea en el año 211 a.C. la rendición de ambas. Según Livio (26, 5), las dos legiones del ejército romano de la Campania al mando de Claudio Nerón fueron embarcadas en *Puteoli* y enviadas a *Tarraco* como tropas de refuerzo. Por segunda vez, un ejército romano llegaba por mar hasta el puerto de *Tarraco*, en esta ocasión desde el golfo de Nápoles, a través del estrecho de Bonifacio.

Al año siguiente, 210 a.C., Roma decidió enviar a Hispania nuevas tropas de refuerzo al mando de un prócónsul, pero la falta de candidatos puso en peligro el proyecto. Surgió entonces de forma providencial la figura de Publio Cornelio Escipión, un joven edil de apenas veinticuatro años, hijo y sobrino de los dos generales muertos en Hispania. A pesar de no cumplir el límite de edad impuesto por la ley de mandatos consulares el joven Publio Cornelio recibió el *imperium* proconsular acompañado como *propraetor* por M. Junio Silano y recibiendo ambos como tropas dos nuevas legiones recién reclutadas. El ejército se dirigió a Hispania esta vez por la vía marítima costera desembarcando en *Emporion* y luego continuó por tierra hasta *Tarraco*, donde se reunieron con el ejército de Claudio Nerón y los aliados hispanos. En *Tarraco*, el joven Escipión comenzó a preparar la estrategia para un ataque directo contra *Carthago Nova*.

Según el relato de Livio, P. Cornelio Escipión tomó como primera medida la celebración de una nueva asamblea en *Tarraco* “de todos los aliados”. Según Polibio (10, 7, 6), Escipión se dedicó a recoger información de los prisioneros sobre la ciudad enemiga, lo que remarca igualmente que la base militar, además de servir de residencia para los rehenes, era también utilizada como presidio. Unos *piscautores tarraconenses* revelaron a Escipión detalles importantes sobre las defensas de *Carthago*

*Nova*, lo que revela su costumbre de faenar bien lejos de casa. Estos pescadores representan la confirmación escrita sobre el uso prerromano del puerto tarraconense por parte de sus habitantes iberos en los años previos al primer desembarco romano.

En la primavera del año 209 a.C. Escipión se ponía en marcha desde *Tarraco* ordenando la concentración de sus tropas, la flota y los aliados iberos en el campamento del Ebro para avanzar a continuación contra *Carthago Nova*. La ciudad fue asediada y finalmente tomada al asalto, proporcionando al ejército romano un enorme botín. Una victoria magnífica. Y, no obstante, reparadas las murallas y dejada una guarnición, Escipión se retiró de nuevo a *Tarraco* acompañado de los rehenes hispanos. Livio (26, 51) menciona entonces la celebración en *Tarraco* de una gran asamblea conjunta con todos los nuevos y viejos aliados, fijando una nueva política de alianzas que permitiría desequilibrar la situación estratégica hispana a favor de los romanos. Según Polibio (10, 34) y Livio (27, 17) sería aquí, en *Tarraco*, donde Edecón, rey de los edetanos, se entregó a la causa romana “con sus amigos y parientes” a cambio de recuperar a su mujer e hijos ahora en poder de Escipión, actitud que sin duda fue un ejemplo para otros jefes hispanos como los caudillos ilergetes Indíbil y Mandonio, que también decidieron abandonar al ejército de Asdrúbal.

Durante el siguiente invierno, según Livio (27, 17), la debilidad de los púnicos en Hispania fue aprovechada por Escipión para poner en seco la flota romana en las playas de *Tarraco* por no ser ya necesaria su utilización, uniendo la marinería a las tropas de tierra. La cita prueba la existencia en *Tarraco* de un auténtico *portus* a la romana, es decir, según la terminología náutica latina, “el lugar donde los navíos pasan el invierno”. Una fuente erudita griega del siglo X d.C., el lexicógrafo enciclopédico bizantino denominado *Lexicon* de Suidas (Adler, 1935), recoge un nuevo e importante matiz para esta cuestión. Al describir el término *epíneion*, en su sentido de aglomeración urbana portuaria, el Suidas escoge como ejemplo un fragmento de Polibio en los siguientes términos:

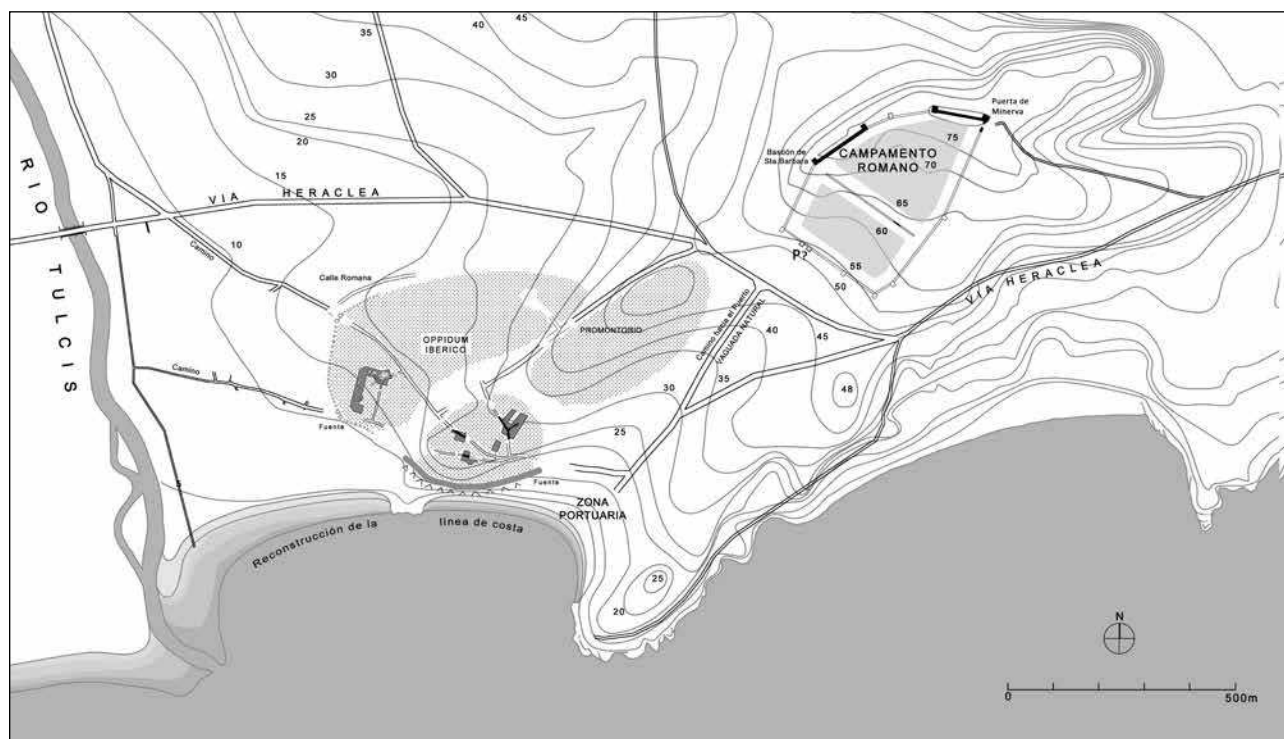
*Polibio. Los romanos llevaron a tierra sus naves, a sus soldados, después de las derrotas sufridas los congregaron en Tarrákon y construyeron en ella un epíneion a fin de proteger, dueños del paso, a sus aliados.*

Un *epineion* significaba un puerto construido y fortificado, con muelles, almacenes, calles, casas y edificios públicos. En un contexto bélico como el tarraconense se trata evidentemente del centro de internada convertido en cuartel general portuario: un auténtico *portus Tarraconis* surgido como una obra artificial motivada por los acontecimientos bélicos entre los años 218 y 209 a.C. Volviendo a Eratóstenes y Artemidoro es evidente que si bien Tarraco no contaba con una buena bahía portuaria, sí que poseía un puerto obra del arte de los hombres.

La descripción de Polibio sobre la *Carthago Nova* púnica podría aplicarse igualmente a la *Tarraco* romana. En ambas ciudades portuarias encontramos alojamientos para los jefes y una guarnición, se guardaba el tesoro de guerra, los almacenes y el arsenal, allí estaban también la residencia de los rehenes y la cárcel de los prisioneros importantes. En *Tarraco*, como en *Carthago Nova*, se situarían los talleres para la fabricación y reparación de las armas de guerra, especialmente las balistas y petróbolos imprescindibles en los asedios. Durante la pausa invernal,

las tropas estarían acuarteladas en el *castrum* creado por Cneo Escipión pero, dado su gran número, muchas de las unidades serían acantonadas de forma dispersa por los territorios circundantes. En *Tarraco* estarían asimismo presentes los suministradores del ejército (*redemptores*) organizados en sociedades comerciales (*societates publicanorum*) que licitaban en Roma por la obtención de los contratos de mantenimiento de los ejércitos. También llegarían a la ciudad los negociantes empeñados en la compra del botín y los prisioneros esclavizados (*negotiatores mangones*). Las tropas, dispuestas inmediatamente al gasto de sus pagas para cubrir sus necesidades más inmediatas, alimentarían un pequeño comercio de gran intensidad que en el caso del vino, el aceite y la vajilla de mesa eran también importados desde Italia (Ruiz de Arbulo, 1991; 1992).

A fines del siglo III a.C., debemos admitir la existencia en *Tarraco* de una auténtica aglomeración protourbana, a modo de unas *cannabae*, al amparo de la gran base militar y el vecino puerto fortificado. La retirada de Escipión a *Tarraco* en el 209 a.C. rechazando las comodidades urbanas



Topografía de la zona de *Tarraco*, con la ubicación del *oppidum* en la parte baja de la colina y el *castrum* romano en la parte alta. En Mar, Ruiz de Arbulo, Vivó y Beltrán-Caballero, 2012, fig.33.

de la capital púnica conquistada, incluyendo el “palacio” de Asdrúbal, nos deben indicar que la base militar tarracense y la aglomeración protourbana surgida en torno a la misma debían poseer ya —después de nueve años de campañas— los edificios y elementos necesarios para asegurar de una forma digna la residencia y necesidades políticas de un general al frente de su ejército, sobre todo en las cuestiones relativas al albergue y recepción de embajadas.

Esta confirmación de *Tarraco* como gran cuartel general en el año 209 a.C. se confirma por las repetidas menciones de la ciudad en los tres años sucesivos. Año tras año, hasta el final de la guerra en el 206 a.C., *Tarraco* fue siempre el lugar elegido como cuartel de invierno y base de operaciones. Rendida la ciudad de *Gadir* como último bastión púnico, P. Cornelio Escipión volvería a *Tarraco* para desde allí regresar por mar a Roma llevando consigo el rico tesoro de guerra conseguido. En la *Urbs* le esperaban el triunfo, pese a no haber sido magistrado, y el consulado del nuevo año. Según Livio (28, 2), Léntulo y Acidino, dos antiguos generales, recibieron el mando de los territorios hispanos que ya a partir de este momento sería siempre doble, aunque la creación oficial de las provincias hispanas citerior y ulterior no se produciría hasta nueve años después, en el 197 a.C.

### **Monedas para la guerra. Las leyendas monetales ibéricas *Tarakonsalir* y *Kese***

La entrada de los diferentes pueblos ibéricos en la economía monetar fue muy tardía. A fines del siglo IV a.C. tan solo existían tres cecas en funcionamiento en toda la Península Ibérica: las griegas *Emporion* y *Rhode* y la fenicia *Gadir*, basadas conjuntamente en una peculiar dracma de 4,80 grs., alejada de los pesos habituales en los circuitos centromediterráneos, seguidas poco después por los primeros bronce acuñados en la púnica *Aiboshim* (Ibiza). Pero este panorama cambió con la expansión militar cartaginesa liderada por los Barca a partir del 237 a.C. y la guerra consecuente contra Roma. Las largas campañas militares, el mantenimiento y pago de grandes contingentes de tropas y el inmediato gasto de las soldadas ocasionaron la aceptación generalizada del patrón moneda, y con ello la necesidad de poner en funcionamiento nuevas cecas para su acuñación. Frente a los once tesoros documentados en la Península Ibérica

con anterioridad al 218 a.C., la Segunda Guerra Púnica ocasionó un gran incremento de las ocultaciones, pasando a ser treinta y cinco los tesoros documentados (Villaronga, 1993). Estos tesoros muestran como numerario fundamental monedas hispano-cartaginesas, denarios romanos, monedas de Arse/Sagunto, óbolos massaliotas y dracmas y divisores de *Emporion*.

Las emisiones cartaginesas hispanas eran anepígrafas, es decir que carecían de leyendas y por ello sus cecas son difíciles de localizar. Pero se acepta de forma general que todas ellas debieron de ser acuñadas en torno a las minas de *Carthago Nova* y *Castulo* en las décadas de los años 230 y 220 a.C. proporcionando los fondos utilizados por los cartagineses para el mantenimiento y pago de sus grandes ejércitos mercenarios (García-Bellido, 1993). Con la guerra, se añadieron además acuñaciones locales de moneda de plata en cecas como *Gadir*, *Aiboshim* y *Malaka*, reconocibles, ahora sí, por sus tipos y leyendas, además de una gran cantidad de divisores de bronce también anepígrafos que han sido estudiados por Leandre Villaronga (1983 b), María Paz García-Bellido (1990, 1993) y Pere Pau Ripollés (1982, 1995).

El desembarco en *Emporion* de las legiones romanas significó la aparición de nuevas necesidades militares para cubrir los gastos de mantenimiento de las tropas y el pago de las soldadas. Las legiones romanas y los publicanos suministradores llevaron consigo sus monedas oficiales de cuadríngatos de plata, ases y divisores de bronce, pero este numerario no fue suficiente para garantizar las pagas. En el 215 a.C., a pesar de sus supuestas victorias, los Escipiones solicitaban a Roma según Livio (23, 48) “dinero para las soldadas”.

Los Escipiones utilizaron entonces en su provecho la ceca de la griega y aliada *Emporion*, la única ceca estable que funcionaba al norte del Ebro. Los estudios metro-lógicos de Piero Marchetti (1978) y Leandre Villaronga (1987 y 1993) de las series monetales emporitanas de plata, sistematizadas por Guadán, permitieron comprobar que a fines del siglo III a.C. se produjo un incremento muy notable de las emisiones con gran número de cuños que fueron rápidamente difundidos y ambos factores sólo pueden ser explicados por la utilización de la moneda emporitana para las necesidades financieras del ejército romano en Hispania.

Pero la intensidad del esfuerzo de guerra y un teatro de operaciones desplegado hacia la Hispania levantina y meridional precisaron de la puesta en marcha de nuevas cecas. Surgieron entonces nuevas monedas que consistían en dracmas de plata que imitaban los tipos emporitanos, incluyendo o no leyendas ibéricas. Se trata de una serie muy amplia de acuñaciones en la que Villaronga (1994), ha detectado hasta 118 variantes diferentes. En algunos casos se trataba de copias literales que imitaban el estilo y la leyenda griegos de forma imprecisa; otras monedas adoptaban ya un estilo propio en el tratamiento de las figuras, sustituyendo la leyenda por letras sin sentido o simplemente omitiéndolas; finalmente, un tercer grupo incluía leyendas con topónimos no siempre identificables. En este contexto monetar de carácter militar y global debemos situar la aparición de unas emisiones monetales de plata y bronce con leyendas ibéricas *Tarakonsalir* y *Kese*.

En los tesoros de Tivissa 4 y Oropesa, Leandre Villaronga (1988 y 1993) detectó algunas piezas correspondientes a una serie de dracmas que imitaban los tipos emporitanos de uso militar romano con leyenda ibérica *Tarakonsalir*. Los pocos ejemplares conocidos le permitieron tan solo distinguir tres cuños indicando que se trató de una emisión de muy corta duración con un peso medio de 4,52 g, poco indicativo por los pocos ejemplares conservados. La importancia de estas monedas resulta singular al documentarse por primera vez el topónimo griego *Tar(r)ákon* transcrito en letras ibéricas. El sufijo ibero *salir* es bien conocido por otras emisiones ibéricas, por ejemplo en la leyenda del área ilergete *Iltirtasalirban*.

Coetánea con las grandes emisiones militares de dracmas emporitanas fue también la aparición de unidades y divisores de bronce con leyenda ibérica *Kese*. La primera serie de estas nuevas monedas identificada por Villaronga presenta únicamente divisores de valor mitad con cabeza masculina, caballo al galope y leyenda *Kese*, mientras que la segunda serie incluye ya toda la escala monetar con valores 1,5 (cabeza masculina barbada/jinete con palma); unidades (cabeza imberbe/jinete); mitades (cabeza imberbe/caballo); cuartos (cabeza imberbe/medio pegaso) y sextos (cabeza imberbe/delfín). Ambas series utilizaban el sistema metrológico de 18 monedas por libra, anterior a la reforma del 211 a.C. (Villaronga 1983).



Dracma de *Emporion*, nº inv. 1993/67/12, acuñado en plata, s. III a.C. (a) Cabeza femenina a la derecha, rodeada de tres delfines. (b) Pegaso a la derecha; debajo, leyenda en griego ΕΜΠΟΡΙΤΩΝ. © Ángel Martínez Levas. / Museo Arqueológico Nacional.



Denario de *Kese*, Inv. 1993/67/2949, acuñado en plata, principios del siglo II a.C. (a) Cabeza masculina a la derecha. Gráfica de puntos. (b) Jinete con clámide y palma al hombro a la derecha, conduciendo un segundo caballo; debajo, leyenda en escritura ibérica *Kese* sobre línea. © Ángel Martínez Levas. / Museo Arqueológico Nacional.

La presencia de dos topónimos diferentes, *Tar(r)akon* y *Kese*, en las series monetales de plata y bronce con leyendas ibéricas plantea el problema de dónde situar sus cecas respectivas. En el contexto topográfico de las descripciones de Polibio y Livio parece claro que debería tratarse, respectivamente, de la nueva ciudad costera donde se estableció la base militar romana y el *oppidum parvum* interior junto al que tendría lugar la batalla del año 218 a.C. No obstante, las emisiones con leyenda *Tarakonsalir* se extinguieron muy rápidamente y *Tarraco*, convertida en una ciudad estable a lo largo de los siglos II y I a.C., continuaría acuñando durante ambos siglos sucesivas emisiones de denarios de plata y unidades de bronce siempre con leyenda ibérica *Kese/Kesse*. Esta evidencia numismática resulta decisiva a la hora de buscar una explicación histórica para la ubicación del *oppidum* y la ceca de *Kese*.

La hipótesis de considerar dos núcleos distintos no permite explicar el carácter absolutamente puntual de la emisión con leyenda *Tarakonsalir*. Tampoco resulta factible considerar que aquel humilde *oppidum* de *Kese* situado en tierras del interior, conquistado y saqueado en el 218 a.C. según el relato de Livio, se convirtiera acto seguido en una nueva ceca monetaria respetando, además, su topónimo. Y mucho menos que la ceca fuera luego trasladada a otra población. Debemos mejor considerar que *Kese* fuera ya efectivamente a mediados del siglo III a.C. el nombre ibérico de la misma ciudad que los navegantes griegos denominaron *Tarrákon*. Conocemos los casos de otras famosas ciudades hispanas con orígenes prerromanos que recibieron distintas denominaciones en ibérico, griego y latín. La colonia griega de *Empóron* sustituyó en el siglo II a.C. sus series monetarias de monedas de plata con leyenda *emporiton*, de los emporitanos, por nuevas monedas de bronce con leyenda ibérica *untikesken*. Sabemos igualmente que Sagunto emitió unidades de plata en la época de su enfrentamiento con los Barca con leyenda ibérica *Arskitar*, continuó acuñando ases de bronce durante el siglo II a.C. con leyenda ibérica *Arse* y solo a fines de dicho siglo emitió moneda con doble leyenda *Arse/Saguntinu* (Ripollés y Llorens, 2002). Y casos parecidos fueron los de *Saiti/Saetabi* (Xàtiva) y *Kili/Cili* (Gilet), que compartieron a fines del siglo II a.C. los nombres ibéricos de las ciudades, escritos en graña ibérica, junto a sus nombres latinos, escritos en latín.

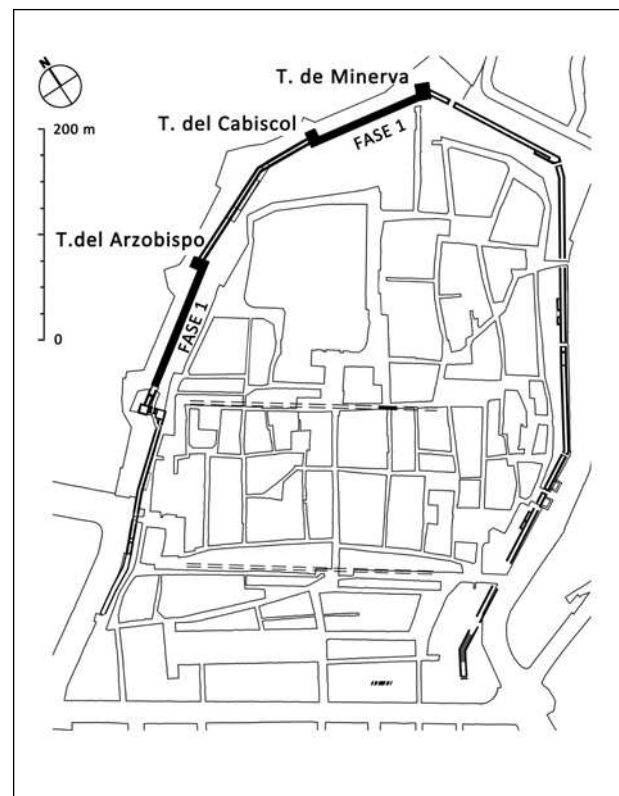
Si los textos de Polibio y Livio planteaban la contraposición entre un *oppidum parvum* interior de nombre *Kisa/Cissis* y la costera *Tarrákon*, la numismática nos muestra por el contrario a la ceca de *Kese* emitiendo moneda durante los siglos II y I a.C. desde el núcleo urbano portuario junto al que se instaló la gran base militar romana. Un núcleo urbano que los latinos ya denominaban *Tarraco* (Mar, Ruiz de Arbulo, Vivó y Beltrán, 2012).

### El aporte de la arqueología

Uno de los monumentos romanos más conocidos de la actual Tarragona son las murallas que rodean la parte alta de la ciudad. Forman parte de un conjunto de restos monumentales de época romana reconocido por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad. Su tipolo-

gía, con basamento de grandes megalitos de talla ciclópea sobre los que se levantan cortinas de sillería llevaron durante el romanticismo a considerar que se trataba de dos obras distintas, aceptándose la idea de una Tarragona ibérica, griega o etrusca anterior a la llegada de Roma. En los años 1930, sin embargo, los estudios estratigráficos de Mn. Serra Vilaró (1946) permitieron confirmar la romanidad de todos estos lienzos de megalitos y sillares que formaban en realidad parte de la misma obra.

Gracias a los trabajos meticulosos de Th. Hauschild (1985) hoy sabemos en realidad que existió una primera muralla formada por paramentos de megalitos alternados con torres de sillería sobre elevadas de tipo helenístico, con dos pisos de cámaras interiores destinadas a escorpiones y petróbolos (ver ahora una nueva restitución en Mar, Ruiz de Arbulo, Vivó y Beltrán, 2012, figs. 21-23). La torre situada en el punto más alto de la colina fue dotada de un aparato decorativo excepcional. Un gran relieve del que falta por rotura la parte superior presi-



Recorrido de la muralla romana de Tarragona. En Mar, Ruiz de Arbulo, Vivó y Beltrán-Caballero, 2012, fig.20.



Torre de la primera muralla romana de Tarragona con relieve de Minerva. En Mar, Ruiz de Arbuló, Vivó y Beltrán-Caballero, 2012, fig.20. Foto: Ángel Rifá.

día su fachada oriental mostrando una figura femenina en reposo lateral hacia la izquierda, vestida con una larga túnica, o *peplos*, de la que sobresale la pierna izquierda cruzada. La figura está apoyada en una lanza y en un largo *scutum* con umbo central decorado con una cabeza de lobo. Debajo de este relieve, que fue construido al mismo tiempo que la torre, aparece una cornisa recta coronando una monumental cartela rectangular de sillares alisados a modo de gran *tabula*, claramente diferenciados de los bloques almohadillados en el resto del paramento. Dos cabezas humanas, con carácter simbólico o apotropaico, fueron labradas de forma rústica sobre uno de los bloques angulares del basamento ciclópeo y una tercera cabeza, más cuidada, lo fue también sobre otro de los bloques del paramento frontal de la torre.

A pesar de no estar completo, la identificación tradicional de este relieve con una figura femenina arma-

da como una representación de la diosa Atenea/Minerva parece la más adecuada desde el punto de vista iconográfico. La imagen en reposo lateral apoyado en la lanza corresponde bien con la latina Minerva, aunque las imágenes conservadas correspondan esencialmente a monedas. Llama la atención la posición cruzada de la pierna izquierda, en un gesto un tanto forzado, pero que proporciona volumen a los pliegues del manto y que pudiera responder a un gesto apotropaico y protector. La representación del lobo en el umbo del escudo de la diosa es un motivo iconográfico del todo excepcional para una imagen de Minerva, lo que llevó a Walter Grunhagen (1976) a valorar ante todo una autoría y simbología claramente ibéricas. Otras reflexiones posteriores se han centrado en valorar ambas corrientes artísticas, itálica e ibérica, como vehículos de la plástica tardo-helenística, ya fuera recordando la importancia del lobo en la tradición simbólica ibérica, o bien reconociendo ante todo la inserción del relieve en una obra edilicia claramente romana. Un problema semejante atañe a las tres cabezas humanas labradas de forma tosca en dos de los bloques del basamento megalítico, cuya justificación simbólica



Alzado de la torre. En Mar, Ruiz de Arbuló, Vivó y Beltrán-Caballero, 2012, fig.18. sobre un alzado de Th. Hauschild 1975.



De izquierda a derecha, relieve de Minerva procedente de la primera muralla de Tarragona, reconstrucción del mismo y relieve de “Atenea pensativa”, de la Acrópolis de Atenas. (Mar, Ruiz de Arbulo, Vivó y Beltrán-Caballero, 2012, fig.27).

parece conducir a las cabezas cortadas del mundo celta en una práctica también documentada entre los iberos emporitanos de Ullastret y Mas Castellar de Pontós, pero también con paralelos en las murallas itálicas de Volterra o *Falerii Novi*.

De cualquier forma, la monumentalidad del aparato iconográfico utilizado en la torre de Minerva responde sin duda a los símbolos de una ciudadela perenne y dominante. En la ciudadela de *Tarraco* el relieve de la diosa y su gran *tabula* escrita inferior formaban parte de un aparato decorativo monumental, que recibía al viajero que accedía a la fortaleza desde el camino que venía del norte, pero aún no sabemos definir con precisión el origen de la corriente artística que la produjo, ya fuera ibérica, itálica u oriental. En la cámara interior de la torre apareció también una inscripción invertida en el lateral de una de las troneras. Se trata de un texto grabado toscamente sobre el sillar antes de su colocación: *Mn.Vibio Men(e)rua*, “de Manios Vibios para (la diosa) Menrva”. La dedicatoria votiva fue ofrendada, no a la diosa romana Minerva, sino a la etrusca *Menerva*, y lo fue no por un romano, sino por

un itálico que utilizó al escribir el nombre de la diosa el dativo “en a” característico del área etrusca. Su nombre, *M (anios) Vivios*, es propio de las áreas etrusca, sabélica y osca y resulta habitual por ejemplo en la ciudad de Perugia, donde se documenta la presencia de sucesivos miembros de esta familia. Resulta evidente que la dedicatoria tarraconense fue grabada de forma individual por uno de los artesanos o de los oficiales al tanto de la obra mientras los escultores preparaban al pie de la muralla el gran relieve de la diosa. Esta inscripción ha sido reconocida por Géza Alföldy (1981) como la inscripción latina sobre piedra más antigua encontrada hasta el momento en la Península Ibérica. Diversos sondeos realizados por Th. Hauschild (1985) permitieron obtener cronologías para las torres de la primera fase muraria que debe situarse a fines del siglo III o inicios del siglo II a.C. sin que resulte posible precisar más la datación (Vegas, 1985).

Frente a la datación romano-republicana proporcionada por las murallas de la parte alta, los recientes trabajos de arqueología urbana realizados en diversos solares de la parte baja de la ciudad han permitido documentar las

primeras evidencias estratigráficas del *oppidum* de época prerromana, siempre en contextos aislados sobre la roca muy alterados por las distintas fases edilicias de la época



Inscripción votiva dedicada a la diosa Minerva, grabada sobre uno de los sillares de la torre antes de su colocación según Alföldy, 1981.

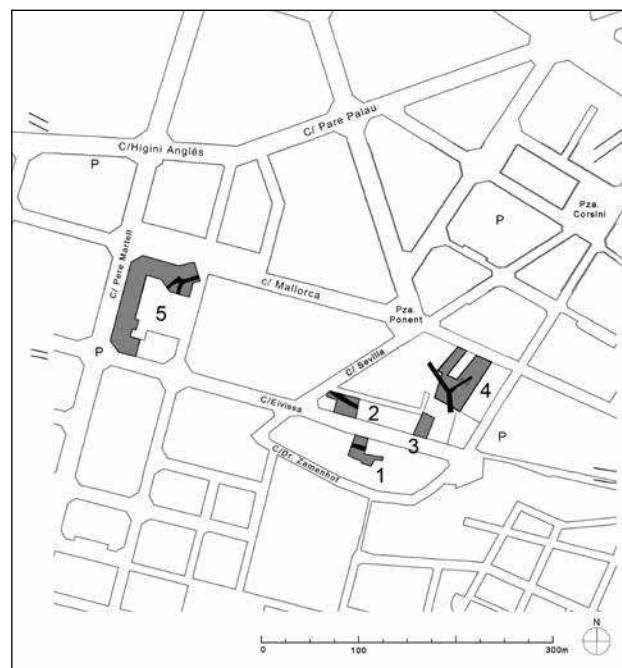
romana imperial. En un importante trabajo, las arqueólogas Adseries, Burés, Miró y Ramón (1993; v. también Miró 1998) recogieron y estudiaron estas evidencias que demuestran la presencia de un pequeño *oppidum* alzado en la parte baja de la colina tarraconense sobre una carena de 20 m. de altura que dominaba la desembocadura del Francolí, la gola portuaria y la llanura aluvial circundante. Siempre sobre la roca aparecen en diversos puntos contextos arqueológicos cerrados conteniendo cerámicas áticas de figuras negras, rojas y de barniz negro, ánforas massalotas y púnicas junto a numerosas cerámicas ibéricas pintadas y lisas, documentando las distintas facies características de la cultura ibérica con cronologías desde los siglos V al III a.C. Nuevos trabajos han continuado documentando estas evidencias estratigráficas prerromanas (Asensio, Ciurana, Martorell y Otiña, 2001). Por ello recientemente hemos podido ofrecer una primera restitución global sobre la extensión de este *oppidum* prerromano en la parte baja de la colina tarraconense, dominando desde una cierta altura la vecina vaguada portuaria (Mar, Ruiz de Arbulo, Vivó y Beltrán, 2012).

### **Kese/Tarraco y la fortaleza de Aníbal**

La desconfianza respecto a una interpretación demasiado estricta de los textos de Polibio y Livio relativos a los hechos del año 218 a.C. se amplía con nuevas ideas que se han planteado recientemente para la ubicación del campamento de Aníbal. En un trabajo publicado en el año 2003, los profesores Manuel Bendala y Juan Blázquez estudiaron la tipología de las fortificaciones púnicas en la Hispania del siglo III a.C., a partir de los magníficos ejemplos de murallas de casamatas conocidas en el Castillo de Dña. Blanca (Puerto de Sta. María), Cartagena y *Carteia*. En todas estas obras poliorcéticas se combinan

las obras de mampostería con la sillería almohadillada en obra pseudo-isódoma. Como anexo a este análisis sobre la arquitectura militar púnica, el profesor Bendala ha llamado de nuevo la atención sobre un muro de sillares isódomos conservado aislado en las dependencias interiores del Palacio Arzobispal de Tarragona y cuya especial tipología había sido ya señalada por Theodor Hauschild. Por su fábrica de bella factura helenística y por la presencia de marcas de cantería diferentes a las que aparecen en los sillares romanos de la muralla, Bendala ha propuesto reconocer este muro como una posible obra cartaginesa. La lógica histórica de esta propuesta significaría reconocer que el campamento cartaginés instalado junto a Kese en el año 218 a.C. no fue una obra aislada y apresurada de carácter temporal sino una pieza más, cuidadosamente escogida por Aníbal, dentro de un sistema de control militar permanente que pretendía conseguir el dominio conjunto de las tierras de África, Hispania e Italia... y que cerca estuvo de conseguirlo.

La idea de situar en lo alto de la colina tarraconense una primera fortaleza púnica es de momento imposible de demostrar con otros datos arqueológicos. Y sin



Restos documentados del *oppidum* ibérico prerromano en la parte baja de Tarragona. En Mar, Ruiz de Arbulo, Vivó, Beltrán Caballero 2012, fig. 13.



Maqueta reconstructiva de la *Tarraco* imperial, realizada por E. Torres con proyecto de J. López y Ll. Piñol. Museu d'Historia de Tarragona.

embargo creemos que esta hipótesis ha de ser tenida muy en cuenta ya que nos proporciona una solución coherente y conjunta para el debate sobre la ubicación de la *Kese* ibérica y la estrategia bárquida. En realidad, hemos de pensar que la marcha hacia Italia de Aníbal estaba enmarcada en una “guerra total” que incluía todo el Mediterráneo Occidental y las quinquerremes cartaginesas eran el medio más rápido y seguro de comunicación y envío de provisiones o refuerzos entre las costas de África, Italia y la Península. Aníbal sabía que podía depender en ocasiones de su hermano Asdrúbal, al que había dejado al mando de las tropas y de la flota cartaginesa en la Península Ibérica, y así ocurrió efectivamente en los años posteriores. Por todo ello, la situación costera del campamento púnico, no en tierras interiores, sino en un puerto fortificado similar a los existentes en Cadiz, *Carteia* o Cartagena facilitaba en gran medida las cosas. Ciertamente, la obra de los Barca en la Península Ibérica contempló el desarrollo de una política de control territorial basada en las alianzas locales y en la potenciación de determinadas ciudades como expresión del nuevo poder, ciudades que fueron dotadas de nuevas fortificaciones como primera medida disuasoria.

### ***Kese, Tarrákon, Tarraco. Distintas denominaciones de una misma ciudad***

En conclusión, podemos entender el sentido de las palabras de Plinio tan solo tras haber repasado estos acontecimientos bélicos en Hispania entre los años 218 y 206 a.C. En *Tarraco*, los tres Escipiones no actuaron en realidad como *conditores* o fundadores de una nueva colonia, imposible de comprender en plena guerra, sino que se limitaron a levantar una base militar en su calidad de *imperatores*, generales de un ejército con diferentes unidades: legionarios romanos, tropas itálicas y contingentes de aliados íberos. Se trató de aquel primer cuartel de invierno (*castra hiberna*) levantado por Cneo Escipión en el año 218 a.C., ampliado en el año siguiente con la llegada de las legiones del procónsul Publio, y que pasó a convertirse en la fortaleza y principal base estratégica del ejército romano en Hispania a lo largo de 12 años de campañas ininterrumpidas. Una base militar que fue confirmada como cuartel general permanente por Publio Escipión, hijo y sobrino de los anteriores, en el año 209 a.C. cuando tras la conquista de *Carthago Nova* decidió regresar de nuevo a la misma para pasar el invierno. Y es que junto a la base militar de invernada se había desarro-

llado también un puerto fortificado dotado de todos los recursos y con un tráfico marítimo de importancia.

Los Escipiones no fundaron *Tarraco*. En el 218 a.C. los pilotos de una primera flota romana procedente de *Masalia* llevaron a las legiones de Cneo Escipión al fondeadero de un *oppidum* ibérico ya conocido en las tradiciones náuticas griegas recogidas por Eratóstenes en el siglo III a.C. Un lugar denominado *Tarrákon*. Aquí desembarcaron las legiones de su hermano Publio Cornelio Escipión al año siguiente llegadas desde Roma por una ruta diferente. También las tropas de Claudio Nerón llegadas desde Puteoli en el 211 y una vez más, desde Roma, las de Publio Cornelio Escipión, el futuro Africano, en el 210 a.C.

Dicho esto, es bien cierto que la ciudad posterior y lo que ella significó en la historia de Roma fue en buena parte obra de los Escipiones, *Scipionum opus* (Ruiz de Arbulo, 1992). La *Tarraco* populosa y activa que despidió en el año 206 a.C. a la flota de Publio Cornelio Escipión de regreso a Roma, en poco podía parecerse al humilde *oppidum* ibérico de *Kese/Tarrákon* que encontraron los romanos a su llegada doce años atrás. La romana *Tarraco* que acuñó moneda durante los siglos II y I a.C. con leyenda ibérica *Kese/Kesse* se convertiría con Augusto en una colonia romana capital de la provincia más extensa del Imperio. Una provincia a la que según el geógrafo Mela daría incluso su nombre: la Hispania citerior o tarraconense.

## Bibliografía

- ADSERIAS, M. y RAMÓN, E. (1991): "Excavacions al Carrer de Pere Martell-Eivissa: Noves aportacions al coneixement arqueològic del sector sud-occidental de Tarragona". En *Acta Arqueològica de Tarragona*, IV, RSAT, Tarragona: 47-53.
- ADSERIAS, M., BURÉS, L., MIRO, M. T. y RAMON, E. (1993): "L'assentament pre-romà de Tarragona". En *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 3, Lleida: 177-227.
- ALFÖLDY, G. (1981): "Die alteteromische Inschrift der Iberischen Halbinsel". En *ZPE*, 43: 1 y ss.
- (1991): "*Tarraco*, Tarragona", trad. castellana de s.v. *Tarraco*, *RE*, Suppl. XV, 1978: 570-644.
- AQUILUÉ, X. (1993): *La Seu del Col.legi d'Arquitectes. Una intervenció arqueològica en el centre històric de Tarragona*, Tarragona.
- AQUILUÉ, X. y DUPRÉ, X. (1986): "Reflexions entorn de Tarraco en època tardo-republicana". En *Fòrum*, 1, Tarragona.
- AQUILUÉ, X., DUPRÉ, X., MASSÓ, J. y RUIZ DE ARBULO, J. (1991a): "La cronologia de les muralles de Tarraco". En *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 1, Lleida: 272-298.
- (1998): *Tarraco. Guia Arqueològica*, 2 ed. Ampliada, Tarragona.
- ASENSIO, D., CIURANETA, M., MARTORELL, S. y OTIÑA, P. (2000): "L'assentament ibèric de Terragona. L'excavació de Manel Berges al carrer dels Caputxins l'any 1978". En *Tarraco 99. Arqueologia d'una capital provincial romana (Tarragona 1999)*, Tarragona.
- AUJAC, G. (1966): *Strabon et la science de son temps*, Les Belles Lettres, París.
- BENDALA, M. y BLÁNQUEZ, J. (2003): "Arquitectura militar púnico-helenística en Hispania". En *CuPAUAM*, 28-29: 145-159.
- BERGER, H. 1880 (1964): *Die Geographischen Fragmente des Eratosthenes*, Amsterdam: Meridian Publ.
- DRAGONI, G. (1979): *Eratostene e l'apogeo della scienza greca*, Bolonia.
- GARCÍA-BELLIDO, M. P. (1990): *El tesoro de Mogente y su entorno monetario*, Valencia.
- (1993): "El proceso de monetización en el Levante y sur hispánico durante la Segunda Guerra Púnica". En J. Untermann y F. Villar (Ed.) *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*, (Colonia 1989), Salamanca: 317-347.

- GARCÍA-BELLIDO, M. P. y RIPOLLÉS, P. P. (1998): “La moneda ibérica: prestigio y espacio económico de los iberos”. *Los Iberos. Príncipes de Occidente* [Catal. Expos. París/Barcelona/Bonn], Barcelona: 205-216.
- GGM = Müller, C. (ed.), (1887): *Geographi Graeci Minores*, París. (reed. Hildesheim 1965).
- GRÜNHAGEN, W. (1976): “Bemerkungen zum Minerva-Relief in der Stadtmauer von Tarragona”. En *Madriider Mitteilungen*, 17, pp. 209-225; Traducción: “Notas sobre el relieve de Minerva de la muralla de Tarragona”. En *Butlletí Arqueològic*, èp. IV, 133-140, Tarragona: 75-94.
- HAGENOW, G. (1932): *Unter suchungenzu Artemidors Geographie des Westens*, Diss. Göttingen.
- HAUSCHILD, Th. (1979): “Die Römische Stadtmauer von Tarragona...”. En *Madriider Mitteilungen*, 20: 204-250.
- (1985): “Ausgrabungen in der römische Stadtmauer von Tarragona. Torre de Minerva (1979) und Torre de Cabiscol (1983)”. En *Madriider Mitteilungen*, 26, Maguncia: 75-90; Traducción: “Excavaciones en la muralla romana de Tarragona”. En *Butlletí Arqueològic*, èp. V, núm. 6-7 (1984-1985), Tarragona: 11-38.
- MAR, R. y RUIZ DE ARBULO, J. (1993): *Ampurias Romana*. Historia, Arquitectura y Arqueología, ed. AUSA, Sabadell.
- (2011): “Tarragona romana. República i Alt Imperi (anys 218 a.C.-265 d.C.)”. En *Historia de Tarragona*, vol. 1. Tàrraco Clàssica i Prehistòrica, Tarragona: 205-538.
- MAR, R. y RUIZ DE ARBULO, J., VIVO, D. y BELTRÁN-CABALLERO, J. A., (2012): *Tarraco. Arquitectura y urbanismo de una capital provincial romana*. Volumen I. De la Tarragona ibérica a la construcción del templo de Augusto, Universitat Rovira i Virgili, Tarragona.
- MARCHETTI, P. (1978): *Histoire économique et monétaire de la deuxième guerre punique*, Bruselas.
- MARTÍNEZ GÁZQUEZ, J. (1987): “Tarragona y los inicios de la romanización de Hispania”. En *Butlletí Arqueològic*, èp. V, 4-5, (1982-1983): 73-85.
- MIRO, M. T. (1998): “El nucli ibèric de Tarraco: dels seus inicis a la integració dins la ciutat romana”. En *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispania Citerior*, Barcelona: 373-380.
- NICOLET, C. (1988): *L'inventaire du Monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire romain*, París.
- NOGUERA GUILLÉN, J. (2008): “Los inicios de la conquista romana de Iberia: los campamentos de campaña del curso inferior del río Ebro”. En *AEspA*, 81: 31-48.
- OTIÑA, P. y RUIZ DE ARBULO, J. (2000): “De Cese a Tarraco. Evidencias y reflexiones sobre la Tarragona ibérica y el proceso de romanización”. En *Empuries* 52: 107-136.
- PERETI, A. (1983): “I peripli arcaici e Scilace di Carianda”. En F. Frontera (dir.), *Geografia e geografia nel mondo antico. Guida storica e critica*, Univ. Laterza, 638, Roma-Bari: 71-114.
- POCIÑA, C. A., REMOLÁ, J. A. (2001): “Nuevas aportaciones al conocimiento del puerto de Tarraco”. En *Saguntum*, 33: 85-96.
- POU, J., SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J. (1993): “El poblament ibèric a la Cessetània”. En *Laietània*, 8: 183-206.
- RIPOLLÉS, P. P. (1982): *La circulación monetaria en la Tarracense Mediterránea*, Valencia.
- (1995): “La moneda en los inicios de la romanización: talleres y artesanos”. En *Arse*, 28-29: 199-215.
- (2007): *Las acuñaciones de la ciudad ibérica de Saitabi*, Valencia.
- RIPOLLÉS, P. P. y LLORENS, M. del M. (2002): *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y de su territorio*, Sagunto.
- RUIZ DE ARBULO, J. (1991): “Los inicios de la romanización en Occidente: los casos de Emporion y Tàrraco”. En *Athenaeum*, 79, 1991-ii: 459-493.
- (1992): “Tàrraco, Carthago Nova y el problema de la capitalidad en la Hispania citerior republicana”. En *Miscel·lània arqueològica a Josep M. Recasens*. Médol, Tarragona 115-130.
- (2003): “Eratóstenes, Artemidoro y el puerto de Tàrraco. Razones de una polémica”. En *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 11-12, Lleida: 87-108.
- (2006): “Scipionum Opus and something more: an Iberian reading of the provincial capital (2nd-1st c. B.C.)”. En *Early Roman Towns in Hispania Tarraconensis*, Porstsmouth: 33-43.
- (2007): “Las murallas de Tarraco. De la fortaleza romano-republicana a la ciudad tardo-antigua”. En *Murallas de ciudades romanas en el occidente del Imperio (Lugo 2005)*, Lugo: 567-595.
- (2013): “Kesse/Tarrákon/Tarraco. En torno a los orígenes de una ciudad portuaria”. En L. Mercuri, R. González y F. Bertonecello (dirs) *XXXIVes Rencontres Internationales d'Archeologie et d'Histoire d'Antibes: implantations humaines en milieu littoral méditerranéen. Facteurs d'installation et processus d'appropriation de l'espace (Préhistoire, Antiquité, MoyenÂge)*, Antibes: 163-176.
- SERRA VILARÓ, J. (1949): “La muralla de Tarragona”. En *Archivo Español de Arqueología*, 22, Madrid: 221-236.

- SCHULTEN, A. (1948): *Tarraco*, Barcelona.
- (ed. y trad.) (1955): "Fontes Hispaniae Antiquae, I", *Avieno Ora Maritima*, Barcelona.
- STHIELE, R. (1856): "Der Geograph Artemidoros von Ephesos". En *Philologus*, 11, Frankfurt: Rheinisches Museum: 193-244.
- VEGAS, M. (1985): "Auswahl aus den keramikfunden der stadtmauer von Tarragona". En *Madrider Mitteilungen*, 26: 130-141; Trad castellana: "Estudio de algunos hallazgos cerámicos de la muralla de Tarragona. Torre del Cabiscòl". En *Butlletí Arqueologic*, 21-22, 1988 (1984-85): 45-54.
- VILLARONGA, L. (1983): *Les monedes iberiques de Tàrraco*, Tarragona.
- (1987): "Uso de la ceca de Emporion por los romanos para cubrir sus necesidades financieras en la Península Ibérica durante la Segunda Guerra Púnica". En *Studi per Laura Breglia, Suppl. Bolletino di Numismatica*, 4: 209-214.
- (1988): "Les dracmes ibériques de Tàrraco". En *Faventia*, 10, ½: 143-152.
- (1992): "La massa monetaria ibèrica de Tarraco". En *Miscel. lania Arqueologica a J.M. Recasens*, Tarragona: 183-188.
- (1993): *Tresors monetaris de la Peninsula Iberica anteriors a August: repertori i analisi*, Barcelona.
- (1994): *Corpus Nummum Hispaniae ante Augusti Aetatem*, Madrid